

Jesucristo, como sucede en el bautismo. Y así como este sacramento nos saca del poder de las tinieblas para trasladarnos al reino de la caridad eterna, así también por esta segunda regeneración de los votos nos libramos de las tinieblas de muchos pecados actuales, para entrar en la luz de las virtudes, pudiendo aplicárenos aquellas palabras del Apostol: "La noche ha pasado y nos ha llegado el día de la luz.." (*S. Ber. de Praecep. et dis.*)

Pues, si gozamos ya nosotros el día de la luz, entonces, querida Margarita, *sicut in die honeste ambulemus*, como dice el Apostol. Andemos con fervor en la presencia de Dios y vivamos escondidos en el corazón de Jesús. Hemos muerto para el mundo, y ni él tiene que ver con nosotros ni nosotros con él: vivamos sólo para Dios que es el que nos ha dado esta deliciosa vida y este nuevo sér del estado religioso. No seamos ingratos á tanto beneficio, ni volvamos los ojos al Egipto de donde salimos. No imitemos á los hijos de Israel que tentaron á Dios en el desierto con sus ingratitudes. Miremos, miremos los ejemplos de nuestros mayores. Imitemos á nuestro llagado Padre, el Serafín de Asis: vivamos como este prodigio de amor, crucificados para el mundo y el mundo para nosotros. No manchemos la vestidura de nuestra profesión religiosa, ya que manchamos la blanca túnica del primer bautismo. No quebrantemos jamás nuestras últimas promesas, que harta desgracia fué quebrantar las primeras. Estrechemos los lazos que con Dios nos unen, renovemos con frecuencia nuestros votos y pidámosle la muerte mil veces, antes que separarnos de Él. Esto es lo que desea para ti, y para sí propio, tu afectísimo Padre en Cristo,

FR. A.



XVI

ERRORES ACERCA DE LA PERFECCIÓN RELIGIOSA.

Nolite errare, fratres mei dilectissimi.

No erréis, hermanos míos carísimos.

JAC. I. 16.

Quand estimada Margarita: Cansado estoy de oír decir á religiosos y religiosas, que aspiran á la perfección, que desean ser perfectos, que estamos obligados á caminar á la perfección, que todos los dias debemos trabajar por perfeccionarnos, que si podemos llegar á la cumbre de la perfección; y perfección por arriba, perfección por abajo, perfección por la derecha, perfección por la izquierda, perfección por delante, perfección por detrás, perfección por los cuatro costados; y á pesar de eso, muchos no saben lo que es perfección, ni tienen de ella más que una idea vaga, confusa é indeterminada, lo suficiente para que nadie los entienda, ni entenderse ellos mismos, pues se enredan y se hacen un lío cada vez que hablan ó escriben sobre este punto tan interesante de la vida religiosa.

Tú misma, querida Margarita, no estás libre de ilusiones en esta materia, pues en tu carta divagas, y te dejas llevar de la imaginación, remontándote en alas de la fantasía á una región, donde no hay tanta perfección como imaginas, sino mucho sentimentalismo y poca realidad. Esto me obliga á dedicar la presente carta á este asunto para que, cuando trates de él, sepas cómo expresarte.

En filosofía se entiende por perfección todo lo que da complemento á un sér, es decir, todo aquello que lo completa y eleva al grado de excelencia y bondad que debe tener según su clase, sin exceder los límites de ella; y por esto se llama perfecta una cosa, á la cual nada le falta, ni le sobra. La perfección puede considerarse de mil maneras y desde puntos de vista muy varios, porque cada cosa tiene en el mundo su perfección especial, perfección que puede ser absoluta ó relativa, sustancial ó accidental, física ó moral, natural ó sobrenatural, y claro está que esta última es la perfección propia del religioso, y de la que nosotros hemos de tratar.

Hay, sin embargo, una perfección genérica que es común á todas las Ordenes religiosas, porque en todas ellas se hacen los mismos votos y se practican igualmente los consejos evangélicos de obediencia, pobreza y castidad. Hay otra perfección religiosa propia y especial de cada orden ó instituto, la cual está relacionada con el objeto ó fin principal del mismo; pues sabido es que la regla de cada instituto da la preferencia entre todos los consejos evangélicos á aquel en cuya práctica quiere que sobresalgan y resplandezcan los que la abracen. Hay por último otra perfección religiosa individual y propia de cada uno, la cual es mayor ó menor, según sea la cooperación del religioso á la gracia divina, en la cual radica nuestra perfección individual.

Esta perfección es la que más nos importa, porque ella es la que dá á cada religioso su mérito personal, la que lo eleva y realza en el orden sobrenatural, y la que lo hace verdaderamente perfecto. Al tratar este asunto debemos tener presente, que una cosa es la perfección personal en sí misma y otra muy distinta el estado de perfección que haya abrazado una persona. Un alma puede ser muy perfecta sin haber tomado estado de perfección, y una persona que haya abrazado el estado más perfecto que exista en la Iglesia de Dios, puede ser imperfectísima hasta el último grado, porque una cosa es la perfección de la vida y otra el estado en que se vive.

Se dice que una persona vive en estado de perfección, cuando se ha obligado estrechamente á trabajar por adquirir la perfección de la vida cristiana, mediante la práctica de los consejos evangélicos, en especial de los que constituyen la profesión religiosa; y se dice que no vive en estado de perfección cuando no ha contraído esas obligaciones. Y claro está que una persona puede ser muy perfecta y muy santa en el mundo, sin haber contraído las obligaciones de la vida religiosa; y un religioso puede ser malísimo, dejando de cumplir las graves obligaciones que ha contraído con Dios; y á pesar de eso, él se halla en estado de perfección, lo cual agrava más sus culpas; y la otra no vive en ese estado de perfección, aunque por otra parte sea santa y perfecta. El vulgo, sin entender teología, conoce muy bien esta distinción, diciendo que *el hábito no hace al monje*, sino el cumplimiento de sus deberes, la observancia de lo que á Dios ha prometido, y el caminar constantemente á la perfección.

Mas deben notarse aquí tres cosas importantísimas en que muchos no reparan: primera, que la perfección individual de cada religioso necesariamente ha de ser

de la misma naturaleza específica, que la perfección propia de su instituto; segunda, que la perfección la ha de buscar por los medios y caminos prescritos en su religión, y no por los prescritos en otra alguna, por santísima que sea; tercera, que debe caminar á la perfección de la manera y forma que su regla ordena, y no del modo ni al paso que á él le agrada. Y si aspira á otra perfección distinta de la de su Orden, ó por otros medios de los que ella prescribe, ó de diferente manera que ella los emplea, entonces yerra sin duda alguna, y jamás será perfecto. De la Hermanita de los Pobres que, olvidando sus deberes, se entregara por completo al retiro, al silencio y á la contemplación, bien podíamos decir que andaba ilusa y fuera de camino; y por el contrario, de la Capuchina que quiera dedicarse á la enseñanza, ó á cuidar enferma, bien podíamos pensar, no sólo que estaba engañada, sino que había perdido el juicio. Las virtudes religiosas son propias de todos los religiosos; pero no por eso puede el religioso dedicarse á la práctica de la que más le agrada, sino que debe ejercitarse con preferencia y de un modo especial en aquella que es el fin y distintivo de su instituto; de lo contrario caerá en muchas ilusiones, cometerá muchos yerros, correrá fuera de camino, y cada vez se irá alejando más de la perfección religiosa.

Cada orden y cada instituto tiene su fisonomía propia, su regla, sus constituciones, sus tendencias, y por decirlo así, su espíritu propio, del cual deben estar penetrados y revestidos todos sus miembros. Ese espíritu y esa tendencia le marca al religioso la dirección que debe seguir, el camino que debe llevar, y las prácticas á que debe dedicarse para cumplir su vocación y alcanzar la perfección individual propia de su instituto: y si toma otra dirección, ó busca otra perfección, ó pretende llegar á ella por otros medios y otros caminos

distintos de los que señalan las leyes y costumbres de su Religión, bien puede creer que el demonio le engaña, que anda extraviado y que nunca será, no digo perfecto, pero ni siquiera buen religioso. Y ¿cuántos caen en este error práctico? He conocido religiosos mendicantes que, alejados de la predicación, del retiro y de la austeridad propia de su Orden, en todas partes querían poner escuelas y dedicarse á la enseñanza, como si fueran escolapios; he conocido escolapios tan fervorosos y amigos del retiro, que aborrecían el bullicio de las clases y amaban el silencio de los claustros capuchinos: he visto clarisas que lloraban por no poder dedicarse á la enseñanza de las niñas, para formar su corazón y educarlas en el temor de Dios; he visto religiosas de la Enseñanza que gemían por no poder zafarse de las niñas para dedicarse á la oración, á la penitencia y contemplación de las clarisas: he visto... pero ¿para qué voy á decirte lo que he visto? He visto errores y horrores en este punto; he visto introducirse en una Orden prácticas de otra Orden de tendencias muy distintas; he visto usurpar á ciertos individuos ó individuos de una religión, las costumbres ó ejercicios de otras religiones, dejando despreciados ó abandonados los de la suya propia: y esto claro está que es cosa diabólica, porque tiende á confundirlo todo, á menospreciar las leyes, usos y costumbres de la propia Orden, lo cual es cosa diabólica y muy ajena de perfección. ¡Nó! Jamás se santificará un religioso, olvidando las prácticas de su religión por seguir las de otra! ¡Jamás llegará una religiosa á la perfección por ese camino! Cada religión tiene su vida propia, su objeto propio, su perfección propia y sus medios propios y adecuados para llegar á esa perfección; y el religioso que va á otra Orden á buscar medios para ser perfecto, crea que el demonio lo engaña, porque lo que es loable en un

instituto, puede ser vituperable en otro; y lo que tal instituto aprueba, tal otro lo da por reprobado. En una religiosa de la Caridad sería virtud y perfección ir de casa en casa, sirviendo á los apestados; en una de clausura sería eso pecado grave.

Esto que te voy diciendo es muy digno de ponderación, porque los institutos religiosos no son todos igualmente perfectos, pero sí son todos escuela de perfección y camino para llegar á ella. Este camino puede ser más estrecho ó más ancho, más ó menos recto, más corto ó más largo; y aunque esto puede influir en que nuestra llegada á la perfección sea más ó menos pronto, sin embargo, tal pueden venir las cosas, que el alma que va por un camino largo llegue á la perfección mucho antes que otra que vaya por un camino corto, comenzando ambas el viaje el mismo día y á la misma hora. La razón de esto es, porque la llegada á un punto determinado no depende sólo de lo largo ó corto del camino, sino también de la ligereza con que se viaja. Y por esto un alma que tomó el camino más breve para la perfección, entrando en la religión más perfecta y más estrecha que se conozca, si anda muy despacio, tardaría más en llegar al término que otra alma que (entrando en instituto menos perfecto) emprendió el camino más largo y de más rodeos, si anda por él muy de prisa. Y como la prisa en caminar por la senda de la perfección depende del fervor con que andemos y de la gracia y ligereza que Dios nos da para correr por ella, síguese claro que el que más corra y más ligero vaya, más pronto llegará.

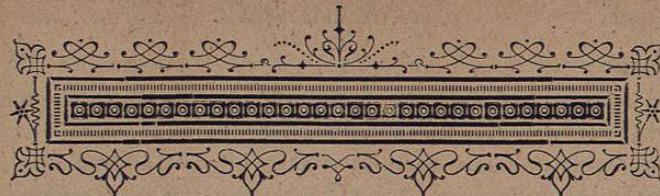
Esto es muy consolador para el alma que haya abrazado un instituto de vida activa menos perfecto en sí que otros de vida más contemplativa; pues, si Dios le ha colocado en él, es porque en él quiere santificarla, dándole gracias muy especiales, elevándola

á mayor grado de santidad y haciéndola correr por ese camino largo con tal presteza, que llegue á la perfección antes que el religioso de vida contemplativa, que camina despacito, ó que no camina; y está sentado sobre el polvo de sus miserias, confiado en que su senda es más corta ó más recta que la de los otros. ¡Ay, qué reprehensible es este descuido, y qué necia esa vana confianza! Muchos piensan que basta pertenecer á una Orden llena de santos para ser santos; vivir en una religión perfecta para ser perfectos religiosos; emprender una senda recta para llegar al término antes del que va por otra senda curva. ¡Error, error craso y lastimoso! La santidad es una cosa personal é incomunicable; la perfección es una cosa propia del religioso, y su adquisición depende en gran parte de la celeridad con que se anda por conseguirla. ¡Oh, y cómo nos avergonzarán el día del juicio muchos que fueron por el camino largo, y llegaron á la perfección antes que nosotros, que vamos por el camino corto! ¿Qué camino más corto para llegar á la unión con Dios que el de la vida contemplativa? ¿Qué medios más apropósito para hacernos santos que la oración continua, el silencio no interrumpido, la abstracción del mundo, la soledad venturosa y la ausencia de peligros con que se vive en clausura?

Y, por el contrario, ¿qué camino más largo para llegar á Dios que el de la vida activa? ¿Qué obstáculos mayores para la santidad que estar todo el día asistiendo á enfermos fastidiosos, cuidando de pobres viejos, tan pobres como ingratos, educando niños revoltosos y mal criados, bregando con locos dementés todo el santo día, en medio del mundo, lejos de la soledad y cercado de peligros por todas partes? Pues sin embargo, veo en medio del siglo muchas religiosas, superando todos esos obstáculos, corriendo por el ca-

mino de la santidad y llegando á la unión con Dios; y veo también monjas claustrales libres de esos impedimentos, y no vuelan, ni corren, ni andan de prisa por la senda de la perfección, sino á paso de tortuga, y más despacio también. ¡Ay, que dolor! ¿Cuándo nos desengañaremos de que nuestro adelanto depende, más que de la longitud del camino, de la velocidad con que corramos? En tren rápido ó expreso se llega pronto de aquí á París; en el correo se echa más tiempo; en el mixto algunos días; en mercancía se necesitan semanas; en coche, meses; á pie, años; y cojeando, toda la vida, y quizás no se llegue. Y advierte que la clase en que se viaja no aumenta ni disminuye la velocidad. El que va en primera, si va en el mixto, llegará mucho después que los que van en el expreso, aunque vayan en el furgón ó en la perrera. ¡Y cuántos de estos, cuántas religiosas de calle llegan á la perfección antes que las de claustros! ¿Y no es una lástima que pudiendo viajar nosotros en primera y en tren rápido nos quedemos atrás? ¡Ay, por Dios, Margarita, no seamos locos! Ya que lo tenemos en nuestra mano, vayamos en el expreso, volemos por el camino de la perfección y lleguemos pronto á la unión con Dios, que es lo que desea tu afmo. Padre en Cristo,

FR. A.



XVII

NATURALEZA Y ESENCIA DE LA PERFECCIÓN RELIGIOSA

Estote ergo vos perfecti, sicut Pater vester coelestis perfectus est.

Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.

MATT. V. 48.



CARÍSIMA en Jesucristo: Me dices en la tuya (y dices muy bien) que, conocidos los errores en que puede caer un religioso que trata de perfección, y sabidos los caminos que de ella nos apartan, debemos tratar ahora de las sendas que á ella nos conducen y de los medios por donde con seguridad se alcanza; pero que antes desees saber á punto fijo qué se entiende por perfección religiosa, y en qué consiste esa perfección que buscamos.

Dígame con verdad, mi buena Margarita, que eso y no otra cosa me propuse explicarte cuando tomé la pluma para escribir mi anterior; pero es tan triste ver corriendo extraviadas y fuera de camino algunas almas, que, sin saber cómo, me pasé á mostrarte ese ex-

traño fenómeno de la vida religiosa, y en eso se nos fué el tiempo, sin llegar al punto que deseábamos tratar. Sigamos, pues, de nuevo nuestro rumbo, y veamos ahora, si podemos formarnos una idea clara y exacta de la perfección religiosa y de la santidad á que aspiramos.

Sabido ya que el religioso ha de buscar la perfección en su Orden, y no fuera de ella; que la ha de buscar en la manera y forma que en ella se usa, y no como á él le acomode; y que debe buscarla por los medios y caminos que su religión prescribe, y no por los que prescribe otra alguna, aunque sea santísima; sabido esto, cúmplenos averiguar ahora en qué consiste esa perfección que con tanto ahinco buscamos. ¿Qué se entiende por perfección religiosa? ¿Será perfección religiosa la mortificación de las pasiones, el cumplimiento de los votos y la fiel observancia de la regla? Sin negar en absoluto que eso sea perfección religiosa, digo que no es la perfección real y verdadera, sino medios para conseguirla, y pruebas de que se trabaja por alcanzarla. ¿Consistirá la perfección que buscamos, en las prácticas de la vida religiosa, en el silencio, en el retiro, en la oración, en los ejercicios de piedad y en la frecuencia de sacramentos? ¡Tampoco! Esos son medios para adquirir la perfección, pero no son la perfección misma, porque entre ella y los medios para alcanzarla hay la misma diferencia que entre el camino y el pueblo ó punto á donde él conduce. Pues entonces, ¿en qué consiste la perfección religiosa? Meditemos y analicemos.

Si perfección es todo lo que da complemento á un sér, perfección religiosa será todo lo que dé complemento á un religioso, todo lo que le engrandezca y eleve al grado de excelencia y bondad que él debe tener: la observancia de su regla, el cumplimiento de sus vo-

tos y todos las prácticas de la vida religiosa elevan al religioso á más alto grado de virtud; luego en esas prácticas debe consistir la perfección religiosa. Así parece á primera vista, pero en realidad no es así. La guarda de los votos, la observancia de la regla y todos los ejercicios de la vida religiosa son medios para adquirir la perfección; y si son medios de perfección, no son la perfección misma: esto es tan claro, que no necesitamos insistir más. Lo que hay de verdad es que esas prácticas, consideradas de un modo son perfección, y consideradas de otro, nó; y aún en el caso en que las consideramos como perfección, lo son de un modo secundario, porque tienden á otro fin más alto, á otro objeto más noble, á otra perfección principal: y así de tal manera son esas prácticas perfección, que lo son secundariamente, porque en realidad son medios para adquirir la perfección verdadera. Y si no, hagamos la prueba.

Perfecto es aquel sér al cual nada le falta ni le sobra. Dadme, pues, el religioso más observante de su regla, más cumplidor de sus votos y más ejercitado en virtudes que exista sobre la tierra, y decidme: ¿A ese tal no le falta nada ni le sobra nada? ¡Ah, sí! Le sobran resabios, le sobran peligros y otras mil cosas; y en cambio, por santo que sea, le falta infinito que subir en la práctica de las virtudes para asemejarse al modelo de perfección que nos dió Jesucristo cuando dijo: "Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.", De lo cual resulta claro, que la perfección religiosa no consiste realmente en las prácticas de religión. Pues entonces, ¿en qué consiste? Si se trata de la perfección absoluta y completa, no la busquemos en este mundo; si se trata de la perfección relativa y comenzada, busquémosla, que aquí está.

Si perfección es lo que da complemento al sér, la

última perfección será la que le dé al religioso el último complemento, y en este caso ya nada le faltará ni le sobraré. Pero ¿dónde está ese último complemento? ¿Cuál es? Pues muy sencillo: La posesión completa de Dios. Cuando el religioso posea á Dios completamente, tendrá su último complemento, y entonces nada le faltará ni le sobraré. Bien sé que esto no se alcanza en la vida presente, y por eso decía que era inútil buscar aquí la perfección absoluta y completa; pero también sé que á Dios podemos poseerlo ya en este mundo, y esa posesión de Dios es la medida de nuestra perfección, ó, mejor dicho, esa posesión es la verdadera perfección que buscamos

Averiguado que la posesión completa de Dios es lo que nos hace perfectos, resulta que tanto más perfecto será un religioso en esta vida cuanto más completamente posea á su Dios. La dificultad está ahora en averiguar cómo y de qué manera hemos de poseer á Dios, para ser lo más perfectos que podamos; y esta dificultad queda resuelta con sólo recordar que á Dios, únicamente podemos poseerlo por amor en esta vida y en la otra. Jesucristo mismo nos enseñó esta sublime doctrina cuando dijo: "El que me ama será amado de mi Padre, y yo también le amaré." Y luego: "Mi Padre amaré al que me ama, y vendremos á Él, y en su morada haremos morada," (1). Y el discípulo amado repitiendo estas celestiales enseñanzas del divino Maestro, añade: "El que no ama, no conoce á Dios (ni puede poseerlo), porque Dios es amor." Y más adelante: "Dios es amor, y el que lo ama está en Dios y Dios está en él," (1, iv). De modo que, según esta doctrina del Cielo, por el amor poseemos á Dios y somos de Él poseidos, y como esa doble posesión es la felicidad suprema y el

(1) Joan. 15.

último fin del hombre, síguese que, mientras más amor de Dios tengamos, más perfectos somos y más nos acercamos á nuestro último fin.

Admiremos aquí la infinita sabiduría y bondad inmensa de Dios, que puso por primer precepto de la ley que dió á los hombres ese amor que nos hará eternamente felices y perfectos; y tanto más perfectos y más felices en esta vida, cuanto más gradas subamos en esa escala del amor divino. ¡Ay, Margarita! amemos á ese Dios amorosísimo que nos convida con su amor y nos ruega con él; pero amémosle, como dice su Apóstol, no de palabras ni con los labios, sino con obras y de verdad. Fuera cargos! fuera dignidades! fuera distracciones! fuera mundo! y fuera todo lo que nos aparta de la unión con Dios! Por unirse á nosotros bajó Él del cielo á la tierra, y puso sus delicias en morar con los hijos de los hombres. Por unirse á nosotros se quedó sacramentado, para dársenos en alimento, para que pudiéramos poseerlo y fuéramos dichosos y perfectos con esa posesión. Unámonos á Él, amémosle de verdad, y no lo perdamos nunca de vista, que éste es un medio poderoso para subir cada día á más alta perfección.

Almas conozco yo que emplean este medio de una manera muy facil y provechosa. Consideran siempre á su lado, como si fuera angel de guarda, á nuestro dulcísimo Jesús, y todo lo hacen á su vista, y todo lo hacen por su amor, y hablan con Él continuamente, con el mismo cariño con que se habla á una persona amada. Cuando trabajan, cuando comen, cuando se recrean, cuando hablan y cuando callan, siempre, y en todas partes, le preguntan: Jesús mio, ¿estás contento de mí? Te agrada esto que hago? ¡Pues lo hago por tu amor! ¿Qué dicha hay comparable con la de poder agradarte y darte gusto en todo? ¿Qué mayor gloria que ser tuya y pertenecerte por completo? Tuyo es mi

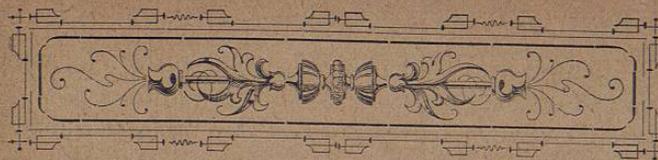
corazón, tuya mi vida, tuya mi alma, tuyas mis obras, y todas las hago por tu amor...

Cuando caen en alguna falta de esas que cometen hasta los justos, miran al Amado, y como si lo hubieran entristecido con ella, le dicen: ¿Estás disgustado, Bien mio? ¿Qué tienes? ¿Te has enojado conmigo? ¿Y por qué? ¿Por aquella culpa? ¡Perdón, Jesús de mi alma, que yo me corregiré! ¡Soy tan fragil! ¡Soy tan debil! ¡Pero te lo prometo! Quiero enmendarme, y con tu gracia lo conseguiré. ¡Ayúdame, Dios mio, pues sin tí nada puedo!...

Si la tribulación las cerca, si sufren un desaire ó una injusticia, si se ven humilladas, si padecen algún mal, se ofrecen víctimas de amor, y exclaman: ¿Ves lo que me pasa, Dios mio? ¿Te consuelan mis lágrimas? ¿Te agrada que llore? ¿Te gusta que padezca por tu amor? ¡Pues tu gusto es el mio y no quiero tener otro sobre la tierra! Con tal que me dejes suspirar postrada á tus plantas, me doy por satisfecha, porque tu amor endulzará mis penas y será el bálsamo de mis males. Tú conoces mis ansias, tú ves lo que sufro, tú sabes lo que padezco, y esto le basta á mi corazón. ¡Ámete yo, Dios de mi alma, que todo lo demás me importa poco!...

¡Qué hermoso es este pensamiento! La religiosa que vive penetrada de él, ama á Dios y es de Él amada; le posee y es de Él poseida, y mientras más completa es esta posesión, más alta es su perfección y más grande su dicha. Pero no es esto todo: hay otros medios de perfección necesarios para el religioso, medios de que te hablará cuando llegue su hora, éste tu afectísimo Padre en Cristo,

FR. A.



XVIII

RELACIONES ENTRE LA RELIGIÓN, LA SANTIDAD Y LA PERFECCIÓN: OBLIGACIÓN QUE TENEMOS DE TRABAJAR PARA ALCANZARLA.

Qui justus est justificetur adhuc, et sanctus, sanctificetur adhuc.

AP. 22. II.

El justo justifíquese más, y el santo santifíquese más.

AP. 22. II.

CARÍSIMA en Jesucristo: Dice el adagio que cada loco con su tema, y yo digo que cada cuerdo también, porque no es pequeña cordura andar siempre alrededor de lo que nos conviene y traer entre manos aquello de que podemos sacar algún provecho. Por esto más que por lo otro insistes tanto en que te aclare bien el concepto de la santidad, para poder conocerla y alcanzarla, añadiendo con candor casi infantil: "Si por mi mucha miseria ó por no estar en mi mano no puedo llegar á santa, quiero muy de veras ser perfecta, y si á tanto no alcanza mi flaqueza, me contentaré con ser una buena religiosa, porque con menos que esto es imposible que yo pueda contentarme."

Estas palabras me indican que para tí la perfección, la santidad y el ser buena religiosa son tres cosas muy distintas, tan distintas por lo menos como el Cura,